



TESTIMONIO BECA ARQUIA 2020
Sergio de Jaime Álvarez

FUNDACIÓN METROPOLI
Oct 2020 - marzo 2022



Los Proyectos Invisibles

En 1972 Italo Calvino publicó *Las Ciudades Invisibles*. Un relato de fantasía donde Marco Polo contaba a Kublai Kan historias sobre las increíbles ciudades que había visitado en sus viajes. Ciudades hechas con nubes, con bambú o ciudades que sencillamente son un espejo de nuestro humor. Este último escuchaba atónito cada una de las historias mientras permanecía sentado en su trono sin moverse, soñando con poder visitar estas ciudades algún día.

Algo parecido me pasó a mí, y a muchas otras personas, al empezar esta experiencia llamada Beca ARQUIA en medio de una pandemia. Porque si en algo nos ha afectado ha sido en nuestra capacidad y nuestro deseo de viajar. Eso sí, físicamente.

Cuando empecé en octubre de 2020, nos habíamos acostumbrado como sociedad a viajar a través de las pantallas. A estar donde nos era imposible ir. Llevábamos años haciéndolo con el cine, la literatura o la pintura y quizás era cuestión de tiempo dar este salto de la mano de nuestros móviles. Saber al instante lo que ocurre en la otra punta del mundo. Era algo que no me resultaba extraño, pero jamás pensé que un trabajo me iba a permitir realizar el viaje de mi vida sin moverme del asiento.

Marco Polo recorrió casi 24.000 kilómetros en unos 24 años. Yo he tenido la suerte de recorrer más de 57.500 en sólo 18 meses. Suerte que existe Google Maps.

Si hay algo en lo que es imposible de superar Marco Polo es sin duda en contar historias, pero intentaré describiros algunos de estos lugares a los que he tenido la suerte de viajar sin moverme de una pequeña caja de menos de 30 x 30 metros.

“La crisis de la ciudad demasiado grande, es la otra cara de la crisis de la naturaleza”
Italo Calvino, *Las Ciudades Invisibles*





La Ciudad del Manglar

Al otro lado del mundo, en la última extremidad de Asia, se encuentra una isla paralizada en el tiempo. Tanto tiempo lleva en este estado que los manglares de sus costas parecen colonizar la ciudad, y ya no se distingue naturaleza de urbanidad. Los lugareños parecen haber abrazado esta condición, y se han acostumbrado a vivir rodeados de todo tipo de plantas y animales. Tanto, que en vez de tender puentes a lo largo de todo el estrecho prefieren moverse en barco de costa a costa, surcando las aguas como las cruzan los delfines.

Pero si la isla parece paralizada, su reflejo al otro lado del estrecho parece que se mueve al doble de velocidad. Industrias, hoteles, carreteras, puertos y barcos gigantes. Dos ciudades con el mismo nombre que pelean en una lucha infinita. La una tratando de colonizar a la otra. Y por momentos parece que la isla empieza a perder, atravesada por nuevos puentes, carreteras y ganando terreno al mar a costa del manglar. Pero si algo pude aprender de esta ciudad, es que la balanza siempre se puede inclinar con un poco de nuestra ayuda.

Como arquitectos a veces tenemos ese poder. Y lo único que hay que hacer es saber escuchar y mirar. Escuchar lo que el territorio te dice, y mirar para aprender y entender. Si la gente quiere seguir surcando el estrecho sobre delfines, no harán falta puentes, si el manglar lleva siglos protegiendo la costa, no lo harán ahora los hoteles de 5 estrellas, y si la gente quiere

seguir perdiéndose entre sus laberínticas calles colonizadas por la naturaleza, no les hará falta vivir en rascacielos. Lo único que necesitarán, es que alguien les siga escuchando.

En Penang fue donde me comencé a encontrar.

La Ciudad del Invierno

A veces hay ciudades que no llegan a saber lo que son, o que tardan en descubrirlo. Normalmente esto está provocado por nosotros mismos. Estas ciudades quedan atrapadas entre fronteras, entre culturas y países diferentes. Y tendemos a marcar el territorio artificialmente igual que lo hacen las cordilleras, los bosques y los ríos.

Yuzhno no solo había quedado atrapada entre dos culturas, sino que parecía también atrapada en una estación constante, en un invierno somnoliento y silencioso. Antes parte de Japón, ahora parte de Rusia, este páramo situado al final del mundo ha pasado desapercibido durante más de un siglo.

Resulta difícil proyectar una ciudad que funcione alrededor de una sola estación y alrededor de un sólo elemento, la nieve. Aparentemente plana, esta ciudad de Invierno construye su topografía gracias a esta nieve que se acumula a los lados de las carreteras y en los numerosos vacíos de la ciudad. Una topografía claramente marcada por su manera de vivir. Las carreteras y espacios libres son los que empujan la nieve hacia donde las personas parece que no quieren pasar, o mejor dicho no les dejan estar.

¿Cuál es la solución para una ciudad que parece que se quiere sepultar? Quizás la cuestión no era quitar la nieve, sino pensar en quien la mueve. Quitar el coche del centro y darle ese espacio al peatón, para

que sean estos con sus movimiento y con su deseo los que vayan conformando la topografía de Yuzhno. Que sean capaces de recuperar sus ríos, sus plazas, sus parques y su identidad de nuevo cogiendo lo que mejor sabe hacer esa región.

Nevar.



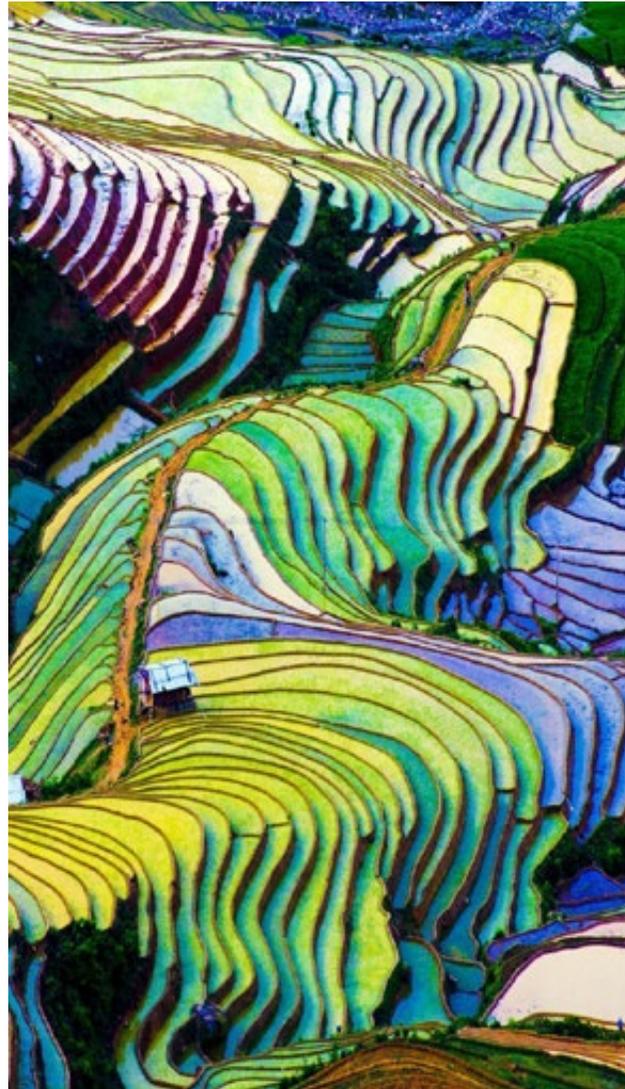
La Ciudad entre dos Ríos

Vietnam ha sido siempre un territorio de dualidades. Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. El río Rojo y el Río Negro. Hanoi y Saigón. Siempre las dos caras de una misma moneda, porque dentro de estas dualidades siempre hay un paisaje que los une. Las terrazas de los cultivos de arroz, que trazan una imagen similar a los zigurats. Naturalmente artificial, generado a propósito pero respetuoso al máximo.

El proyecto que se nos pone en la mesa trata también sobre batir esta dualidad. Sobre vencer al vivir o trabajar. El rascacielos o el chalet. Lo urbano o la naturaleza. Lo rico y lo pobre. Parece que al elegir uno se pierde el otro, pero en esta ciudad descubrimos que no tiene porqué ser así. Que el territorio tenía la respuesta sobre cómo introducir la naturaleza y Hanoi la de cómo vivir en ella.

Los habitantes de esta ciudad llevaban siglos combinando vivir, trabajar y aprender, pero ¿Por qué se habían desviado entonces? ¿Por qué habían perdido esta identidad? A menudo olvidamos quienes somos cuando nos hacen elegir. Olvidamos quienes somos y olvidamos el camino que estábamos siguiendo.

Pero a los habitantes de la Ciudad entre dos Ríos simplemente había que recordarles cómo era vivir en un arrozal.



La Ciudad de la Eterna Primavera



Si en este tour habíamos podido trabajar en la ciudad del Invierno, no nos íbamos a olvidar de la Primavera. En el otro extremo del mundo, en una cultura totalmente diferente, aquí el tiempo parece parado en un perpetuo clima cálido y un constante color anaranjado en el ambiente. Parece como si esta placentera situación hubiese fijado en la mente de sus habitantes el orgullo de sus tradiciones. El recuerdo de una civilización milenaria que convertimos por un breve periodo de tiempo en nuestro hogar. O al menos eso hizo Hernán Cortés.

Incluso Félix Candela llegó a colocar en este apartado lugar de México una de sus piezas imposibles, desafiando la gravedad del hormigón. Por desgracia esta no pudo sobrevivir a esta eterna primavera. Quizás, porque esta ciudad empezó a mirar a su vecina como su verdadero yo y empezó a olvidar quien es. A menudo esto ocurre con las ciudades que se cogen a la espalda de otras y empiezan a depender de estas. Se convierten en lo que hay al final de una carretera. En el fin y no en el medio, que es el espacio donde solemos vivir.

Cuando parecía entender lo que esta ciudad me quería decir, por desgracia Cuernavaca se esfumó. Se difuminó como la línea que parecía aquí separar su pasado de su futuro.

Pero si algo pude aprender es que cuando veamos que nuestra ciudad se empieza a esfumar, sólo hace falta mirar las piedras

que ya estaban ahí para empezar a recordar de dónde venía y hacia dónde va.

La Ciudad de la Bahía

No hay en todo el mundo, quizás, una ciudad que tan elegantemente le dé la espalda al mar.

No lo hace por gusto, sino por necesidad. Aunque en esta manera de mirarse a sí misma ha encontrado su fortaleza, y es que la Bahía se ha convertido en su corazón. Tan imponente que ningún puente se atreve a atravesarla. Tan amable que acerca el campo y el mar a la puerta de las personas que viven en ella. Una ciudad tan cerrada que tiene que vivir fuera de sí misma, pero que nos recuerda constantemente lo que hay más allá.

Si desde París es imposible no ver la Torre Eiffel desde cualquier lugar, desde Santander es imposible no escuchar hablar al mar y susurrar a la bahía. Como en una conversación constante que nunca parece acabar, con Santander escuchando continuamente.

Es esa ciudad que nos recuerda a verano con sudadera y pantalón corto, con dejar pasar las horas y sentarse a disfrutar. Con esta premisa, cambiar su estampa se antojaba difícil. Así que lo que hicimos no fue otra cosa que escuchar.

Escuchar como la gente quiere seguir mirando al mar. Como quieren seguir con sus mañanas en El Sardinero. Como se quieren encontrar con esa persona al cruzar la esquina. Cuando la gente te pide escuchar, a continuación a veces no hace falta ni ha-

blar. Te das cuenta que la arquitectura y el urbanismo se convierten en esa sonrisa amable que dedicas tras una conversación, en ese leve gesto de conformidad y entendimiento.

El susurro de la Bahía de Santander será siempre el único proyecto que la ciudad pueda necesitar.





La Ciudad de los Demás

“Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: La extrañeza de lo que no eres o no posees más te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos”

Así se refiere Marco Polo a su sensación tras pasar por cada una de estas ciudades, de viajar. Yo estoy llegando al final de relatar el mío tras esta experiencia.

Como decía al principio, todo este viaje lo he podido realizar sin salir de una pequeña caja, no he podido pisar ninguna de estas ciudades, al menos físicamente. Pero cada una de ellas me ha conseguido atravesar, me ha dicho algo que no sé, y me las he podido llevar conmigo mientras caminaba por la única ciudad que me ha visto andar a lo largo de esta experiencia.

Dicen que esta ciudad es de todos y ninguno, que nadie es de aquí pero que todos pasamos en algún momento por ella. Mucha gente le ha dedicado canciones, películas, libros y cuentos a sus tejados y a sus gatos. Todos deambulamos por sus calles, que nunca duermen, dejando la impronta de quienes somos, de donde venimos y a veces incluso adonde vamos. Porque hay veces que no hace falta ir a ningún lugar en esta ciudad, sólo hay que andar.

Es ahora al final cuando me doy cuenta de los que significa esta experiencia en verdad. No hablo de proyectos o ciudades. Ni de arquitectura o urbanismo.

Son las personas que pisan estas calles, con las que he tenido la suerte de compartir día tras día esta experiencia. Con las que me he emocionado, he reído y he viajado. Tanto dentro como fuera de mí. Son estas personas las que con cada paso, han dejado una pequeña parte de sí mismas en esta ciudad.

Yo he tenido la suerte de vivir en los pedacitos que esta ciudad me ha dejado de los demás.

Pongamos, Que Hablo de Madrid